

Prólogo

El azul ardiente

Viernes, 25 de junio de 1943, por la mañana. Otro día tórrido de calor soporífero. En la costa occidental de Sicilia, Trapani estaba atestada de aviones: hoy habían llegado otros dos grupos de cazas. El *Major* Johannes Steinhoff, Macky para los amigos, de veintinueve años y con un rostro suave y enjuto, ojos azules y pelo rubio, se había levantado temprano, con la luz gris del amanecer, y había conducido hasta el aeródromo para unirse al resto de los *Gruppen* I. y II. de la *Jagdgeschwader* (ala de caza) 77. Los mecánicos ya estaban trabajando frenéticamente en su avión Messerschmitt 109, intentando por todos los medios tenerlo lo más a punto posible para volar pese al desabastecimiento crónico de repuestos, desde simples tornillos a cable eléctrico, pasando por cualquier cosa que necesitaran esas máquinas tan complejas.

Trapani estaba en una pequeña llanura costera, polvorienta y bañada por el sol, y para cuando Steinhoff se había plantificado en una silla frente a su puesto de dispersión de madera, la luz del alba había sido barrida por el azul ardiente del cielo diurno. Más allá del borde del aeródromo estaba el inmenso mar oscuro. Cantaban los grillos y las cigarras. El calor aumentaba de forma palpable.

Steinhoff estaba exhausto. El día anterior había llegado Adolf Galland, *General der Jagdflieger* (general de pilotos de caza), tras asumir el cargo del despedido y deshonorado *Generalmajor* Theo Osterkamp, anterior comandante de cazas (*Jafü*) en Sicilia. Galland también había sido comandante de cazas en Alemania, defendiendo al Reich, pero no tenía experiencia en el Mediterráneo

y, aunque había sido un estupendo comandante de ala de caza al principio de la guerra, no había tenido formación de Estado Mayor y, por decirlo suavemente, lo habían tirado donde no hacía pie. La noche anterior había citado a Steinhoff en la base de control de cazas de Trapani, bajo la cima del Erice, el monte que dominaba la llanura. La ruta hasta arriba era una carretera serpenteante y polvorienta, repleta de curvas, hasta que, bajo una gran pared de roca escarpada, llegaba a una pequeña planicie. Se habían construido varios edificios y diversos martillos neumáticos seguían trabajando en un refugio excavado directamente en el acantilado. Desde ahí, se extendía ante ellos todo el extremo occidental de Sicilia: las casas blancas de la ciudad de Trapani y el pequeño puerto; más al sur, el aeródromo, y aún más lejos, Marsala. Un panorama maravilloso como pocos. Tras informarlo sobre algunas operaciones recientes, Galland le había dicho a Steinhoff que quería hablar con los comandantes de los *Gruppen* y las *Staffel* (los grupos y las escuadrillas), por lo que ambos echaron a andar montaña abajo en dirección al aeródromo.

Sentados en taburetes y tumbonas frente al puesto de dispersión, bajo unos olivos viejos y retorcidos, los comandantes de Steinhoff escucharon en silencio mientras Galland hablaba de la defensa aérea del Reich y de la táctica que se había utilizado contra los bombarderos pesados cuatrimotores estadounidenses. La clave, les había dicho, era volar directamente hacia ellos, dispararles al morro lo más cerca posible y luego hacer un barrido por encima de ellos. El general también les había dicho que, contra los bombarderos pesados estadounidenses, había un 50 % de posibilidades de ser derribado durante un ataque por detrás, y una probabilidad parecida si el ataque era lateral o por los flancos. La verdad es que no era muy alentador. Por un lado, un ataque frontal reducía muchísimo el peligro, si bien esto significaba que el piloto disponía solo de dos segundos para disparar, pues la acción resultaba efectiva solo si estabas realmente cerca, y con una velocidad de acercamiento de más de 1000 kilómetros por hora no había mucho margen de error. Steinhoff había visto que sus oficiales comenzaban a tener la mirada demudada. Nadie había hecho preguntas tras la intervención de Galland.

«Muy bien, pues —había dicho Galland—. Hasta mañana». Y a continuación había conducido de vuelta al monte Erice. A Steinhoff, que apenas había dormido, las palabras del general seguían resonándole en los oídos: «Acercarse». «No disparar demasiado pronto». «Ir de frente en formación cerrada». Steinhoff sabía que para llevar a cabo estos ataques frontales había que tener nervios de acero. No sentía mucha confianza, y en cualquier caso ya había sido piloto de combate de primera línea durante tres largos años: sobre Francia, en la batalla de Inglaterra, en el frente oriental y luego en aquellos difíciles días finales en Túnez, cuando de pronto había quedado claro que la Luftwaffe se hallaba en un profundo y crónico declive, y los Aliados, con sus relucientes Spitfire y Lightning, sus Marauder y sus Flying Fortress, empezaban a llevar la voz cantante de una manera contundente y espectacular.

Steinhoff estaba harto de combatir, harto de la guerra, harto no tener suficiente de nada. Además, se notaba totalmente exhausto. La intensidad, el miedo constante y, ahora, aquí en Sicilia, ese calor abrasador que te dejaba sin energía.

A primera hora de ese día, su III. *Gruppe* había llegado desde su base de Cerdeña, lo mismo que el III. *Gruppe Jagdgeschwader* 53, el Pik As, o As de Picas. Todo esto formaba parte del plan de Galland de que una masa de cazas diera una respuesta contundente a cualquier bombardero aliado que se atreviera a sobrevolar la zona; sin embargo, con unos ochenta Messerschmitt estacionados por todo el complejo de aeródromos de Trapani, Steinhoff solo pensaba en la catástrofe que se produciría si en ese instante fueran atacados con fuerza por los bombarderos aliados.

Pasaban las horas y el calor aumentaba. Steinhoff se preguntaba cuántas horas había pasado en una tumbona desde el inicio de la guerra. «Un día parece muy largo cuando lo pasas esperando —constató—, sin nada en qué ocupar la imaginación salvo la guerra en el aire». ¹ Pensó en si sería capaz de dirigir con éxito esa enorme formación de cazas hacia los bombarderos; maniobrar en masa no era tarea fácil, pues las distancias en el interior de un giro son más cortas que en el exterior. Liderar una *Staffel*, una escuadrilla de nueve, por ejemplo, era bastante sencillo, pero

ochenta... Además, seguía dándole vueltas a otras ideas que no había manera de dejar a un lado: el barrido de las ametralladoras del calibre 50 que llevaban los Flying Fortress, los saltos en paracaídas el descenso, la vana esperanza de que alguien localice el bote de goma en el inmenso mar Mediterráneo.

Entonces llegó el *Oberst* Günther «Franzl» Lützow, el nuevo inspector de la Luftwaffe para el Sur. Viejo amigo de Steinhoff, había sido el segundo piloto de la Luftwaffe en alcanzar la increíble cifra de cien victorias aéreas. Steinhoff no lo veía desde el verano anterior, cuando ambos habían coincidido en el frente oriental.

«¡Quiero estar presente en tu primera gran batalla defensiva!»,² le dijo Lützow mientras se apeaba del coche. Steinhoff lo acompañó al puesto de dispersión y hasta el grupo de pilotos sentados bajo la sombra de los olivos. Tanto hablar sobre grandes batallas aéreas estaban poniendo a Steinhoff cada vez más nervioso.

«Hoy es vuestra gran oportunidad —dijo Lützow a los pilotos—. Cuando atacéis debéis manteneros juntos y alejar de la cabeza todo pensamiento sobre los Spitfire. Los Fortress son como una flota de acorazados, y solo podéis meteros entre ellos si atravesáis su fuego defensivo en una falange compacta».³

«Por el amor de Dios, Franzl —soltó Steinhoff—, ¡ahórrame este rollo! Hace cuatro días que nos llueven consejos e instrucciones desde arriba. El general no para de exhibir ante nuestros ojos a los valientes pilotos de la Defensa Aérea del Reich como un ejemplo deslumbrante».⁴ Ya sobraba, continuó Steinhoff, ese discurso que hacía sentirse inferiores a sus hombres. La realidad era que, desde hacía un tiempo, los más veteranos, gradualmente y uno a uno, se habían quedado por el camino, mientras que los jóvenes que le enviaban acumulaban pocas horas de vuelo y casi no tenían formación táctica y, dado el desabastecimiento de combustible, había pocas oportunidades para ponerlos en forma. «Vosotros todavía no conocéis este terrible escenario de operaciones —prosiguió—. Aquí es casi todo agua, y a la larga se nos llevará por delante. Nos desgastarán manteniéndonos en tierra y destruyendo nuestros estacionamientos y talleres. —Ahora estaba crecido—. Supongo que no creeréis por casualidad en el héroe

teutón que, tras un bombardeo, sale de su trinchera, se sacude el polvo de los pies y asciende por piñones de acero hasta los cielos helados, y allí causa estragos entre los Flying Fortress».

Lützow lo miró durante un buen rato, como si de repente hubiera aceptado que ya no tenía sentido mantener la farsa. Entonces dijo: «De acuerdo, pero ¿cómo va a acabar todo aquí?».⁵

Esa era la pregunta que Steinhoff se había estado haciendo a sí mismo. Era lo que pensaban todos los veteranos. Habían perdido Túnez. En el este las cosas no iban bien. En el oeste de Alemania, el Ruhr estaba siendo bombardeado sistemáticamente por la RAF de noche y por los estadounidenses de día. Mientras ellos eran cada vez más débiles, los Aliados se mostraban cada vez más fuertes. ¿Cómo *iba* a acabar?

La conversación se vio interrumpida de súbito por fuego anti-aéreo seguido de un profundo estruendo procedente del este, detrás del monte Erice, *in crescendo*. Los pilotos se pusieron en pie de golpe y echaron a correr. Steinhoff oyó el silbido de las bombas incluso mientras corría hacia la trinchera más próxima y saltaba a su interior, para caer sobre la espalda de alguien que se le había adelantado. Se produjo entonces un bombardeo de saturación. Cada explosivo sonaba más cerca que el anterior y hacía temblar el suelo con un ruido ensordecedor. Steinhoff miró a Lützow, con la cabeza y la nuca cubiertas de polvo, que también le había entrado en la garganta y los pulmones. Regueros de sudor dibujaban líneas en su rostro, surcando el polvo sobre la piel. Steinhoff estaba apretando la cara contra el suelo cuando una bomba que estalló cerquísima casi le reventó los tímpanos, lo cubrió con una capa de arenilla y le llenó los pulmones una vez más de polvo y humo asfixiantes.

De pronto, las bombas dejaron de caer y el rugido de los motores de los aviones se disipó. Lentos e inseguros, se levantaron e hicieron una breve pausa, con las piernas colgando hacia el interior de la trinchera por si se producía una segunda oleada de ataques. La munición de un avión en llamas explotaba en algún lugar no muy lejano. Cuando por fin se pusieron en pie, Steinhoff vio trozos de vidrio; algo más allá, dos miembros del personal de tierra, con los brazos en jarras, observaban los restos ardientes de un Me109.

En el puesto del grupo, la línea telefónica estaba cortada; poco después, apareció un *Kübelwagen* con un mensaje de Galland, pidiéndole a Steinhoff que llamara inmediatamente desde uno de los puestos de dispersión de las *Staffeln*. Steinhoff corrió hacia el puesto de la 1. *Staffel*, donde el oficial médico estaba atendiendo a una hilera de heridos del personal de tierra. Allí al menos la línea telefónica todavía funcionaba.

Galland pidió disculpas por la falta de aviso. «No sabíamos que los Marauder iban en camino —dijo—. Volaban tan cerca del nivel del mar que nuestros radiogoniómetros no los han captado». Le dijo a Steinhoff que estuviera preparado para salir a toda prisa; las comunicaciones de radio sugerían que en Túnez empezaban a formar bombarderos. Daba la impresión de que estaba en marcha un ataque a gran escala.

Algo más tarde, ya con la línea telefónica del puesto reparada, Galland volvió a llamar para decir que estaban detectando una incursión enemiga que parecía dirigirse a Nápoles. Los cazas despegarían para pillarlos en el camino de vuelta. Probablemente deberían esperar una hora.

No obstante, Galland no tardó tanto en llamar de nuevo. «Despega enseguida, Steinhoff —dijo—. Los bombarderos se han dirigido al sur y han atacado el puerto de Mesina. Si quieres atraparlos, debes darte prisa».

Steinhoff colgó el auricular y gritó «¡Despegamos!» al agente de operaciones. Los pilotos se precipitaron hacia sus aviones, agarraron los paracaídas de las alas, treparon al encastre alar y se metieron en la cabina. Una comprobación rápida, una señal al personal de tierra, el motor que se pone en marcha y cobra vida, y acto seguido el avión abandona su casilla entre los muros protectores. Steinhoff revisó sus magnetos. El olor a aceite, gasolina, goma y metal, y una cabina caliente como un horno. Miró alrededor pese a que el cuello del chaleco salvavidas limitaba sus movimientos y la máscara de oxígeno se balanceaba de un lado a otro. Debido a las ráfagas de las hélices había más polvo, con lo que era difícil ver bien, pero, como se le acercaba un avión a cada lado, abrió el mando del acelerador y arrancó, retumbando hacia delante, controlando el enorme par de torsión con el timón

opuesto; una rutina realizada centenares de veces. Entonces perdió contacto con el suelo y trepó hacia lo alto del cielo azul.

«Odysseus Uno a Águila»,⁶ dijo a la radio, estableciendo contacto con el controlador de tierra allí abajo, en el monte Erice.

«Pantehnicos retirándose. —Ahora en sus auriculares sonaba la voz de Galland—. Malla de referencia Able dos-dos King. Dirección cero-dos-cinco».⁷

Steinhoff encabezaba su I. *Gruppe*, que se cerró tras él mientras rodeaban el monte Erice. Como había insistido en el silencio radiofónico, lo único que oía era el zumbido de fondo del motor y el siseo de interferencias en los auriculares, interrumpidos solo por las instrucciones tranquilas y precisas del general Galland desde la sala de control de cazas en tierra.

«Odysseus —oyó Steinhoff que le decía—, gira a tres-cero-cero, Pantehnicos a veinte mil pies en dirección oeste».⁸

Mientras ascendían al cielo, el horizonte y el mar bajo ellos se desvanecieron. Estaban envueltos en una bruma de alta presión que oscurecía la masa terrestre de Sicilia y, en consecuencia, ocultaba cualquier punto fijo de referencia que pudiera ayudarlos en la navegación. Más actualizaciones de Galland. Ahora, los bombarderos (los Pantehnicos) estaban descendiendo a 16 000 pies, pero el radar Freya aún los detectaba.

Y otra actualización más. «Odysseus, gira dos-ocho-cero. Freya ha perdido el contacto, los Pantehnicos estarán a un nivel inferior».⁹

Steinhoff miró a su alrededor. Debajo no veía nada. A uno y otro lado, sus pilotos empezaban a titubear, subiendo y bajando, a medida que aumentaba la inquietud. La bruma parecía hacerse más densa. Miró atrás y vio solo al I. *Gruppe*; el resto había desaparecido en la neblina. Interrumpió el silencio radiofónico para decir a todo el mundo que se acercara, consciente de que les quedaban solo unos diez minutos para regresar.

«¡Los Pantehnicos justo debajo de nosotros! —Steinhoff identificó la voz de Zöhler—. ¡Justo debajo de nosotros, son un montón, se dirigen al oeste!».¹⁰

Ahora Steinhoff también los veía, con el color amarillo desierto de sus cuerpos superiores destacando sobre el gris plateado

del mar, agrupados en escuadrones de al menos nueve aeronaves. Era alrededor de la una y media de la tarde y estaban a casi 150 kilómetros al noroeste de Trapani. Los bombarderos acababan de pasar sobre Mesina, el puerto más importante de Sicilia, apenas a dos kilómetros del dedo gordo sudoccidental de la Italia peninsular. En total, 123 B-17 Flying Fortress, casi todos de los Grupos de Bombardeo 97 y 99, habían lanzado casi 2000 toneladas de explosivos sobre muelles, almacenes y playas de maniobras ferroviarias. Habían provocado daños graves y también habían tenido la fortuna de alcanzar a un barco de vapor italiano de 5000 toneladas, el *Iris*, que había quedado muy maltrecho.

Sobre el papel, eran una presa muy apetecible, y encima sin cobertura de cazas, pero también estaban muy abajo, muy por debajo del radar, casi parecían tocar las olas. Y por desgracia estaban siguiendo exactamente la dirección contraria, lo cual significaba que ahora no había tiempo para efectuar una maniobra demasiado elaborada. Steinhoff reparó en que necesitaba girar inmediatamente y enseguida empezó a bajar en picado trazando un gran arco para aparecer al nivel de los bombarderos y abalanzarse hacia ellos de frente, no por detrás. Aun con la ventaja de la altura y la mayor velocidad del Me109, no había tiempo que perder. Esperaba que los demás hicieran lo mismo. Steinhoff bajó el ala, y el Messerschmitt giró y descendió, aumentando la velocidad de modo que, en un santiamén, el altímetro le dijo que se hallaba a solo 6000 pies. Miró alrededor y vio a Strafer, Bachman y Bernhard siguiéndole de cerca. Cinco mil pies, cuatro mil, tres mil. Cuanto más bajaba, más rápido parecían volar los bombarderos.

Sabía que debía colocarse al mismo nivel que los bombarderos, pero, mientras se aproximaba a ellos, la velocidad a la que iba le pareció inmensa. Tras alinearse junto a uno, apuntó a la cabina y abrió fuego. «Coloqué mi M-E a la misma altura que los bombarderos, como si ya lo hubiera hecho cientos de veces —señaló—. Mi objetivo era rociar la reluciente cabina con una ráfaga de disparos». ¹¹ Las balas trazadoras silbaron girando hacia el bombardero, mientras los alambres cruzados de su mira temblaban por el retroceso del cañón y las ametralladoras. Tras tirar la palanca de mando hacia atrás, ascendió, y la fuerza de la gravedad

lo presionó contra el asiento. El estómago le dio una sacudida, notó un sabor amargo en la boca. Volvió a mirar atrás y vio que estaba solo: sus compañeros de la *Geschwader* (ala) del cuartel general se habían dispersado durante el ataque, pero el bombardero al que había disparado se había estrellado en el mar. En la radio, los pilotos charlaban (una mezcla de órdenes y gritos agitados), pero muchos también comunicaban con tono de apremio que tenían poco combustible y se retiraban. Steinhoff miró su propio indicador y reparó en que solo le quedaba combustible para unos veinte minutos, así que giró y puso rumbo a Trapani, con una tremenda y creciente sensación de angustia en el estómago.

Había sido un desastre, estaba seguro. No había sido culpa suya que se hubieran encontrado con los bombarderos en el último momento antes de dar media vuelta, ni que entre todos los consejos sobre cómo atacar a un bombardero sobre Alemania a 18 000 pies nadie hubiera sugerido nunca cómo atacar en medio de la bruma sobre el mar y casi a altitud cero. «Nada —escribió—, absolutamente nada había favorecido nuestro ataque».¹²

Echó un vistazo alrededor y vio que los bombarderos se habían ido, esfumado del todo, y que estaba solo, volando sobre el agua, acompañado únicamente de un miedo cada vez mayor a no tener suficiente combustible para regresar. Era una sensación conocida que siempre había detestado, como casi todos los pilotos de combate alemanes: un miedo persistente que había sentido por primera vez en los muchos viajes de regreso sobre el canal de la Mancha durante la batalla de Inglaterra tras haberse enfrentado en combate aéreo a los cazas enemigos en el sur de Inglaterra. La única diferencia era que el Mediterráneo era mucho más grande que el canal y que, debido al polvo y la escasez de piezas de repuesto, los Messerschmitt eran menos fiables. En la radio, la cháchara era cada vez más histérica. Presa de una ira nacida de la frustración, encendió el aparato para transmitir y les dijo a todos que cerraran la boca.

Pero sí logró volver. Apareció en escena el familiar indicador del monte Erice y, poco después, con otros cazas individuales que volvían también a casa en dirección a Trapani, aterrizó. Apagó el motor, se asentó el polvo y lo envolvió un súbito silencio. Y una angustiosa sensación de catástrofe.

Tras salir a duras penas de la cabina, fue recibido por el *Hauptmann* Lutz Burckhardt y el *Oberleutnant* Gerhard Strausen, ambos de su misma escuadrilla del cuartel general. Aunque Strausen estaba entusiasmado con el Fortress que Steinhoff había derribado, ninguno había tenido ninguna victoria propia ni había visto a otros bombarderos desaparecer bajo las olas. El comandante Siegfried Freytag, al frente del II. *Gruppe* y hombre de un creciente escepticismo y cierto talento para llamar al pan pan y al vino vino, saludó a Steinhoff mientras se acercaba al puesto.

«Un jaleo magnífico, sí señor»,¹³ dijo.

«¿Vuestra ala ha derribado alguno?».

«Ni uno —contestó. En la niebla había perdido de vista a la escuadrilla del cuartel general, y luego, cuando vio a los bombarderos, era demasiado tarde y habían tenido que atacar desde popa, no de frente—. Y ha sido una chapuza, una auténtica chapuza». Al parecer, los otros dos *Gruppen* ni siquiera habían visto a los bombarderos.

Pues ahí estaba, la situación era como se temía. En total, solo cuatro habían sido derribados: uno por Steinhoff, otro, como de costumbre, otro por uno de los chicos de Freytag, y dos por el As de Picas. Pero no es que Steinhoff lo supiera en ese momento. Cuando, con gran pesar, llamó a Galland al monte Erice, solo fue capaz de notificar su propio Fortress como único enemigo abatido confirmado.

«Pero yo te dije con suficiente tiempo que habían bajado —respondió Galland—. No puede ser... Cien cazas y solo un enemigo abatido...».¹⁴

Sonó una batería antiaérea de 88 mm que hizo temblar las paredes del puesto de madera, así que de pronto todo el mundo estaba corriendo de nuevo hacia las trincheras, y la llamada de Steinhoff quedó inconclusa porque el teléfono cayó al suelo. Cuando salió por la puerta a toda prisa, ya se oían los motores de los bombarderos que se aproximaban. Por casualidad, se encontró de nuevo agachado junto a Franzl Lützwow, que anteriormente había estado con Galland en diversas operaciones de combate en el monte Erice. Una vez más, las bombas empezaron a silbar y a explotar mientras los cañones antiaéreos tronaban su respuesta.

Al final, los atacantes se fueron, y de nuevo se sacudieron el polvo y abandonaron las trincheras con fatiga. Galland, le explicó Lützow, hervía de rabia. «¿De verdad no se pudo hacer nada?»,¹⁵ añadió.

Notando un atisbo de reproche, Steinhoff le espetó: «Rendiré cuentas ante el general por todo, ¡pero a ver si se os mete por fin en la cabeza que aquí estamos intentando hacer lo imposible!».¹⁶

Lützow se disculpó y le aseguró a su amigo que no estaba recriminándole nada. «Pero Dios mío —añadió—, ¿cómo va a acabar todo aquí?». ¹⁷